

RIZAL EN LA LITERATURA HISPANOFILIPINA

POR

ADELINA GURREA MONASTERIO

Discurso

*léido con motivo de su ingreso en la Academia Filipina,
Correspondiente de la Real Academia Española, en la
sesión pública celebrada el 27 de noviembre de 1966*

Imprenta de la Universidad de Santo Tomás
Manila, Filipinas
1967

RIZAL EN LA LITERATURA HISPANOFILIPINA

POR

ADELINA GURREA MONASTERIO

Discurso

*leído con motivo de su ingreso en la Academia Filipina,
Correspondiente de la Real Academia Española, en la
sesión pública celebrada el 27 de noviembre de 1966*

Imprenta de la Universidad de Santo Tomás
Manila, Filipinas
1967

Señores Académicos:

A mi edad, muy pocos aconteceres pueden ya traer una alegría, despertar una emoción, sacudir las fibras del alma. Pues bien, uno de esos pocos aconteceres que ha conseguido impresionarme hasta el rebose y saturarme de alegría ha sido la elección que habéis hecho de mi persona para sentarme en un sillón de la Academia Filipina de la Lengua.

Teníais sobrada razón para ignorarme, ya que no me quedé entre vosotros para hacer acto de presencia, de contacto y de colaboración en vuestras tareas literarias, en la brega por los ideales. Siempre me he dolido de que, aun por razón de deberes filiales, no hubiera podido ser de otra manera. Y me sentía dada de lado, ignorada, borrada de vuestra camaradería en el mapa literario de mi patria. Por eso vuestro gesto de reconocimiento, de recuerdo, me llegó—por inmerecido—profundamente al alma, sacudiéndola con tremante emoción. Me hizo sentirme más filipina al calor de vuestro afecto, y hoy entro en vuestras filas con la alegría de una oveja perdida, que al cabo del tiempo cuando retorna al rebaño es recibida con el balido acogedor de los suyos. Porque vosotros sois los míos, en las letras, en el amor a la lengua española y en los sentimientos patrios.

Motivo, por el cual, elegí, para mi discurso de ingreso, hablaros de aquel gran filipino que, como yo, vivió su juventud en Filipinas y su madurez en Europa, ambos enseñados por la lejanía a amar la patria con la adoración del recuerdo y el dolor de la nostalgia: hablaros de aquel hombre que, como yo, sabiendo el inglés y otros idiomas, escribió en la lengua castellana, que es lengua de guerreros, lengua de cruzados, lengua misional, lengua del Quijote.

Y por eso, aun sin merecerlo, estoy aquí para recordaros lo que él aportó a la literatura filipina en el idioma que la historia eligió para que fuese nuestra también.

Gracias por haberme llamado, y haberme dado ocasión a hacerlo.

Muy agradecida, comienzo.

RIZAL EN LA LITERATURA HISPANO-FILIPINA

José Rizal, nuestro héroe nacional y nuestro apóstol didáctico, no pretendió ser literato, con excepción de su primera época, y, sin embargo, fue el que más producción escrita dejó para la literatura hispana en Filipinas, o, mejor aún para la literatura filipina en español.

Se asomó hacia todas sus orientaciones y escribió teatro, poesía, novela, ensayo, periodismo y hasta sus cartas, tan guardadas por los que con él mantuvieron correspondencia, han sido recopiladas y publicadas, constituyendo una faceta más de su producción.

Pero en toda ella, hubo siempre un objetivo, un fin, que no fue el de hacer literatura, sino el de inculcar sentimientos patrióticos, morales, caballerescos, religiosos, románticos y heroicos para crear una ética, un ideal de vida destinado a su pueblo, a sus compatriotas. No sé si algún día se verán más frutos del código de honor que nos dejó, del lema que presidió este código, "Primero merecer, y luego exigir."

Para comprender la obra de Rizal es necesario conocer primero, aunque sea brevemente, su vida y su personalidad. Su vida es sabido por todos a través de varias biografías. Hablemos pues de su personalidad. Una personalidad aparentemente doble, que le hizo enigmático.

Rizal era un “fuera de serie,” un tremendamente “fuera de serie.” No sabemos de qué solera, de qué milagro atávico surgió este hombre que a través de un ambiente tan cerrado, tan tajantemente burgués, tan denso de prejuicios, rompió la niebla con la fuerza de luz de su cerebro y consiguió despertar y sacudir la modorra de un pueblo que no concebía más manera de alcanzar cumbres de libertad que la violencia, desdeñando escalas de cultura para conseguirla. Era además un hombre con presentimientos videnciales, que acuciaban su prisa por cumplir una misión antes de su presentida temprana desaparición. De ahí esa premura, esa precipitación en su obra, de ahí su abstención de crearse una vida normal, que él consideraba que no podría alargarse más allá de su primer acto. Así no cuajó amores con la creación de un hogar. Su casi platonismo amoroso fue una literatura sin escribir. Era “amable” y se dejaba amar y el amor se le hacía cerebral con todo su cortejo de idealismos. Pero en el umbral de lo decisivo, el peso de la responsabilidad daba marcha atrás y la sinfonía quedaba inacabada, desembocando en quehaceres patrióticos que temía no se cumpliesen si penetraba bajo el techado matrimonial y se sentaba ante el lar doméstico. Su vida fue una huida de los impulsos sexuales, para cumplir misiones que se había impuesto. Que él creía que debía ser la correspondencia a las dotes recibidas del Creador. Esta idea de predestinado cobró fuerza y vigor frente a complicaciones de índole persecutoria hacia su familia y su nombre, ante incomprensiones por parte de sus compatriotas, cara al olvido de una mujer que debía haber esperado al héroe hasta que hubiera podido salir del bosque de su angustia hacia un claro en la espesura o un

llano definitivamente dilatado: que le hubiese esperado siglos si hubiera sido preciso porque él se lo merecía. Un héroe al que el despecho y el desengaño hicieron flaquear a veces, impulsándole a sentirse hombre ante todo. El desvío de sus paisanos, unas veces los de Madrid, otras los de aquellos que residían en su patria, le llegaron a herir en su dignidad,—a veces vanidad—; aflorando el barro de la debilidad humana hasta hacer temblar el pedestal del ídolo. Pero donde se mostraba más irresoluto, era ante situaciones que se relacionaban con el bienestar o la desgracia de sus familiares, sintiéndose responsable de ellas. Entonces, sus sentimientos de respeto, su convicción de que tenía el deber de defenderles por encima de todo, su intensa ternura, le hacían vacilar e inclinarse, al fin, hacia el frenaje o el anclaje de su labor ético--patriótica para diluir su humanidad en las aguas dulzonamente tibias de su corazón. Un exceso de sensibilidad sobrecargaba su sentido de responsabilidad. Todo esto creaba el enigma. Ningún biógrafo ha sabido calar hasta el fondo de su ser. ¿Llevaba en sí dos hombres contradictorios? ¿Cuál era él? Y si era los dos a la vez ¿cómo definirle? Yo lo haría considerándole un tímido ante lo definitivo, con una timidez que conseguía doblegar cuando se convencía de que aun lo más tremendo era enmendable. Frente a lo irremediable, se paraba y hasta retrocedía. Solo la exasperación destruía, a veces, su ecuanimidad.

De esta forma, hasta un biógrafo suyo tan nacionalista como Guerrero, saca a la luz esas contradicciones del carácter del "Primer Filipino" y no llega a comprenderlas. Cuando se le creía sosegado, cuando se consideraba

que había renunciado abrumado por la responsabilidad, se le veía resurgir de nuevo y agitarse para tomar carrera y saltar por encima de todo. Y es que su austeridad moral, virtud que consideraba imprescindible para la libertad de su pueblo, le hacía exigente. Para él, el honor, la caballerosidad, la justicia, la verdad, el respeto, eran formas inamovibles, que debían ser incorruptibles si el hombre había de mantener limpia su dignidad. Y como ya se ha dicho, creía terminantemente que él, que poseía tales ideas y tales sentimientos, tenía la obligación de dar a los demás la lección del don que había recibido de Dios. Dar la lección y vivirla como ejemplo, y morir por ella para que se comprendiese todo el valor de esa lección, y el otro, de sostenerla con ofrenda de la propia vida. Se sintió apóstol de una religión patriótica con dos únicos ritos, la predicación y el martirio. Y era tan sincero, que cuando intentaba la diplomacia engañosa para lograr ciertos fines, se traslucía su verdad y fracasaba. Tampoco se doblegaba ante las ventajas que podía traerle una claudicación. Solo la convicción le hacía cambiar en su ideario. Por eso creemos que su retractación y su retorno a la fe católica le brotaron del corazón por gracia de Dios, como premio a su hombría de bien.

Esta es, a mi juicio, la personalidad de Rizal, personalidad que se va dibujando con claridad y precisión a través de los varios episodios de su vida y de sus escritos. Dio también su valor a la fuerza física. Por eso aprendió esgrima que le hizo un caballero con poder defensivo, corrigiendo así su debilidad orgánica. Pero su mayor lucha—

por librarse en lo subconsciente—fue la de sus sentimientos europeos e hispanos frente a sus raíces malayas. Vamos a verle crecer y esgrimir, no la espada sino la pluma. La pluma que fue su mejor arma y que nos trajo su obra para la literatura filipina en castellano.

Su infancia se caracterizó por una contemplación de la naturaleza, mística y sentimental; una exaltación de ideas nobles, infantilmente interpretadas a través de narraciones y relatos verbales en tagalo de labios de su madre, tomados de lecturas de obras castellanas: que sus padres, poseedores del idioma español, vertían para él y su comprensión a la lengua vernácula. Se caracterizó también por cierta arrogancia espiritual frente a métodos pedagógicos asaz severos que le hacían sufrir, y otra arrogancia física muy digna, como reacción ante abusos de fuerza, de parientes y condiscípulos de su edad.

Su padre le envía a Manila para sus estudios bajo el segundo apellido “Rizal” evitando así persecuciones al primero, marcado ya por el signo liberal. Va al Ateneo de los Jesuitas donde termina el bachillerato brillantemente, interno en sus últimos años. De allí brotan sus primeras producciones en castellano, las que yo considero las únicas realizadas con intención pura de hacer literatura. Sus poesías infantiles, las que escribió en el colegio como parte de los deberes de clase, y otras, para ocasiones especiales dedicadas a su madre y familiares,—onomásticas unas, navideñas otras, religiosas—y también con temas impuestos hispano-patrióticos, eran, desde luego, limpio fruto vocacional de su amor a la poesía. Vocación innata,

heredada de antecesores, especialmente de su madre que gustaba de ella y la escribía, y corregía la de su hijo. Él mismo en su diario dice del goce que es amar la poesía y crearla. Si otra fuerza mayor no le hubiera lanzado a la misión redentora de su patria, Rizal hubiera producido mucho y bueno. Los versos del niño de entre los catorce y los dieciséis años, tienen un sello ingenuo, pero con sabor clásico-griego y clásico-castellano. Vean cómo se paladea el Siglo de Oro español en estas cortas líneas.

¿Cómo Dios niño, has venido
A la tierra en pobre cuna?
¿Ya te escarnece fortuna
Cuando apenas has nacido?
¡Ay, triste! ¡Del Cielo Rey
Y llega cuál vil humano!
¿No quieres ser soberano,
Sino pastor de tu grey?

Lo mitológico no solo trasciende en su poesía sino también en su prosa. “El Consejo de los Dioses” es muestra clara de ello, y en la otra obrita de teatro “A orillas del Pásig” surge otra vez lo clásico castellano, con ribetes de auto sacramental.

Este quehacer literario puro que yo clasifico como impulso irreprimible del que lleva canciones en el alma y necesita cantarlas arrastra, sin embargo, la sospecha de un objetivo oculto y subconsciente, el de demostrar que un filipino podía escribir, en una lengua que no era la suya, tan bien como un español. Hay quienes han creído ver en sus primeros escritos una iniciación de su nacionalismo,

deslindando lo español de lo nativo en el uso, sobre todo, de la palabra “Patria”, que la hacía suya refiriéndose, no al imperio español del cual formaba parte Filipinas, sino a las Islas que integraban el territorio de las mismas. Yo, saltando por encima de sentimientos naturales legítimos, creo que Rizal púber, escribió por ambición literaria en busca solo de un prestigio cultural que elevase su personalidad. “A orillas del Pásig” en verso y escrita a petición de sus profesores del Ateneo de Manila, es como un auto sacramental en honor de la Virgen de Antipolo, en donde de la discusión entre un niño filipino indígena, Leónidas, y Satán disfrazado de sacerdote de un gentil culto malayo, surge la triunfal exaltación de la Virgen más amada en Filipinas.

Sin embargo es hermosa la descripción que Satán hace de la paradisíaca Filipinas pre-hispana comparándola muy ventajosamente con la ya unificada y organizada del día sometida a leyes y normas de países civilizados. No creemos que en la glorificación de la primitiva vida en las Islas el jovencísimo Rizal pensara ya en denigrar una civilización traída por un poder extraño para exaltar la pre-hispana situación anárquica de una tierra con alas libres, pero incapacitada de remontarse con ellas a alturas intelectuales firmemente equilibradas y menos aún, de defenderse contra ataques exteriores que pudieran esclavizarla. Aún no era el tiempo de la desesperación ante el acoso y los desengaños. Aunque él siempre tuvo cierta madurez para su edad, hemos de contar con su ilusión de fresco manantial, sus sueños sanos juveniles, sus impulsos nuevos recién estrenados, que le salvaran de una amargu-

ra capaz de inspirarle comparaciones injustas y totalmente irrazonables. No, Rizal escribe diálogos para exponer ajenas teorías y refutarlas, imponiendo el criterio de esta refutación en el cierre de la obra. Más adelante, en realizaciones más serias, haría lo mismo.

El acicate de triunfar y vencer a contrincantes, no ya de su raza sino de la hispana, parecía interesarle más. Así toma parte en un concurso literario organizado por el “Liceo Artístico Literario” de Manila. Concurso solo para plumas nativas y en él, otorga el primer premio a su composición “A la Juventud Filipina”, un jurado formado por españoles. Versos los suyos para una juventud que es la de su raza, invitándola a cultivar las letras y las artes bajo la protección generosa de España. Después, en otro concurso, ya para plumas de toda raza, vuelve a triunfar con su “El Consejo de los Dioses”, obra donde exalta a Cervantes, a la lengua hispana y a España.

A su edad, ¿se puede concebir un doble juego? Empieza el enigma. Pero todavía no cabe la marcha atrás y solo hay que pensar en un buen principio. ¿Un principio con intención y tácticas preconcebidas? Si esto se pudiera probar, ya no sería su primera pluma meramente literaria. Pero son pocos sus años para ello, nula su experiencia, limpia su alma de cicatrices: a esa edad solo se sueña, se vive y se hace poesía y literatura espontáneas. La suya era noble y ascendente hacia las estrellas. Solo eso, creo yo.

No le gusta la Universidad de Santo Tomás. No le gustan los Dominicos. Recuerda su vida en el Ateneo, hace comparaciones y cae la balanza hacia el lado de los Jesuitas. La familiaridad excesiva que usa el Dominicó con el alumno le sabe a gesto de superioridad, a dominio, a amo, y no le agrada porque se siente humillado. Piensa que es una falta de consideración y que está mal. Y todo lo que está mal quiere que se sepa. Cuando en su pueblo un oficial de la Guardia Civil le ultrajó y encarceló por no saludarle, fue a ver al Gobernador para quejarse. Sabía que no le iban a atender, pero quería que se supiese. Y este deseo se hizo obsesión en su vida. Que se supiese lo que estaba mal. Quizá por eso se fue a España: para decir lo que debían saber allí y lo remediasen. Si no le escuchaban se lo contaría a sus paisanos en un libro, y al mundo también. Por eso escribió sus novelas, sus artículos, sus ensayos.

Con ilusiones y con nostalgias, Rizal vivió en España cumpliendo el deber que se impuso; estudiar, aprender, conocer, comparar, para poder hablar y escribir luego con bases firmes, con preparación, con autoridad. Conoció los idearios de los partidos políticos españoles, sus luchas, sus orientaciones, sus apoyos, inclinándose, con ciertas reservas, del lado de los liberales que por hacer honor a su nombre solían, desde la oposición, acoger con agrado las protestas y reivindicaciones de las colonias.

Terminó con aplicación la carrera de Medicina empezada ya en Manila: con aplicación y con ilusión porque la emprendió para poder tratar y curar la vista de su ma-

dre, que comenzaba a resentirse. Estudió Filosofía y Letras, idiomas, pintura, escultura, esgrima. Ya el viaje había sido una provechosa enseñanza para él. Además de ponerle en contacto con la arquitectura y arte orientales, tocó de cerca la miseria y la indigencia en que vivían los pueblos por cuyos puertos pasó y pudo comparar este estado infrahumano con la cómoda vida de los ingleses que los colonizaban o los Rajás que los gobernaban. Lo que al parecer no comparó, o no comentó en sus escritos fue la diferencia entre la existencia de dichos seres miserables con la de los filipinos gobernados por España, por más desgracia, humillación y pobreza que apreciase, exageradamente, en la de sus compatriotas. Debíó hacerlo y echamos de menos esta sinceridad en hombre que parecía tan ecuánime en sus juicios. En cambio sí comparó el “confort” europeo de Francia con la austera pobreza de España. ¿Sería porque llegó casi sin dinero y hubo de hospedarse en pensiones de poca categoría? ¿O realmente había tanta diferencia?

El caso es que en Madrid se dedicó a estudiar, más que a nada. Allí estaban sus compatriotas intentando crear propaganda, pero él hizo poco al principio para apoyarles. Existía un Círculo Hispano-Filipino que publicaba una revista. Y en cuanto a escribir ¿qué escribió? Apenas un artículo, titulado “El Amor Patrio,” para una publicación de Manila que fue como un desfogue de su nostalgia y de su morriña por la tierra de su nacimiento, incitando a amarla con una moral nueva. En válvula abierta dejaba escapar su adoración por la patria natural, diferenciándola de la otra, política, que era España, con una linde de marcado nacionalismo.

Apenas también un artículo con impresiones de su viaje. Apenas unos versos a una mujer de Madrid. Apenas otros versos ocasionales, muy buenos, para leerlos en un acto social destinado a sostener el Círculo mencionado, que dejó de existir poco después. Apenas un discurso en honor de sus compatriotas los pintores Luna e Hidalgo con motivo de haber obtenido aquéllos medallas de oro y plata en la Exposición de Madrid de 1884. Creo que aparte de esos versos con sabor becqueriano a una mujer, el resto fue también una labor patriótica para ambientar a sus paisanos en el panorama nacionalista cuyos aires quería que respirasen.

Si como aseguran algunos de sus biógrafos, Rizal fue a España con ambiciones literarias surgidas de sus primeros triunfos en Manila ¿por qué no se puso a escribir febrilmente? Viajero observador y aprovechado ¿por qué no trazó ampliamente para la publicidad, la impresión de sus contactos con otras gentes, el retrato de los paisajes vistos, las comparaciones, las conclusiones, la cosecha, en fin, que cualquier escritor joven e ilusionado por la literatura hubiera recogido de la maravillosa aventura de viajar?

Sabemos que su madre le presionaba para que callase, que no tenía editor que esperase sus escritos; pero también sabemos que su madre no se oponía más que a sus páginas políticas, que los editores se encuentran presentándoles trabajos ya hechos, y sobre todo, que cuando existe una fuerte vocación literaria nada puede frenar la impetuosa necesidad de escribir, contra toda prohibición, y aun frente a un camino sin metas próximas para las cuartillas.

¿Pero y su diario? Su diario en Madrid tiene poco de literario.

Y respecto a su escasa poesía él mismo nos lo dice:

“Piden que pulse la lira
Ha tiempo callada y rota.”

Y vuelve a sus nostalgias:

“Donde es perfume el ambiente
Donde es un sueño la vida.
¡Patria que jamás se olvida!”

Y ya, tan joven, videncia un fin:

“El mar conmigo surcaba
el espectro de la muerte.”

No es que su literatura constituyese una obsesión político-patriótica, no, es que esta obsesión se fue haciendo literatura, a pesar suyo. Porque él quería ser, sobre todo, un caudillo conductor de su pueblo y de su raza a la tierra de promisión, ganando batallas de cultura, de conquistas industriales, de madurez espiritual, de hombría de bien. Pero su destino le llevó a lo que menos ambicionaba: aportar a la literatura hispanofilipina, la mayor cantidad de material literario.

Veamos cómo va sucediendo esto.

Con el triunfo de Luna e Hidalgo, glorificados en Europa frente a artistas españoles,—triunfo que llenó de orgullo racial a Rizal,—creció su afán por exaltar aún más

los valores patrios y presentar al mundo un muestrario que le diese idea de lo que podría significar en la Humanidad, la raza malaya.

Si él era uno de esos valores, ya era tiempo de exhibir su medida en los terrenos del pensamiento. De aprovecharla para empezar su vida pública, como un Cristo, en la redención de su pueblo.

Ya antes había pensado en un libro que dejase testimonio permanente de la vitalidad de su patria, pero como él tenía despuntada su pluma por presiones familiares, propuso que el Círculo editase uno, escrito en colaboración con varios de sus compatriotas, sobre los diferentes aspectos de la vida filipina. Por uno u otro motivo la idea no prosperó. Pero recogiendo el propósito, Pedro Paterno publicó al año siguiente, su novela "Ninay". Una circunstancia más para que Rizal rompiera el hielo de su silencio y descongelase la capa espesa que sobre su laguna vocacional fueron depositando los frenos familiares. Ya he dicho que su literatura afloraba de las circunstancias que fueron surgiendo en distintos momentos de su vida. La gloria de los demás, alguno con menos méritos que él, trajo su primera novela, pero no para mostrarse simplemente como un literato, como un escritor, como un novelista, sino para arrancar las vendas que cubrían ciertas llagas de su patria (incultura, fanatismo, servilismo, indignidad, injusticias, crueldades) abiertas por unos y por otros, los suyos y los demás, filipinos y españoles.

Era una caballerosidad literaria de la época exponer úlceras, defender débiles, atacar injusticias, y Rizal, con

su gran corazón rebosante de patriotismo ¿cómo no iba a ser un Dickens o un Victor Hugo más? ¡El, con tanto material acumulado y luego desorbitado, extraído de la cantera de su pueblo! Para sobresalir, como Luna, como Hidalgo y como Paterno, no tenía más arma que la pluma; para comenzar la redención de su gente, para iniciar su caudillaje, no tenía más arma que su pluma y de ella se sirvió. Era el momento y el tiempo apremiaba. No olvidemos que fue un visionario que presentía su muerte prematura.

Comenzó a escribir en silencio su “Noli” en Madrid.

Terminada su carrera y el curso de Filosofía y Letras marchó a Francia a perfeccionarse allí, con el famoso Dr. Wecker en la rama de la Oftalmología, pasando luego a Alemania con el mismo fin. Pero en ambos países trabajó al mismo tiempo sobre su novela el “Noli me tangere”. En estas dos naciones se ensanchó aún más el panorama de sus conocimientos, la madurez de su pensamiento, el campo de sus descubrimientos morales y sociales, con sus características raciales e históricas. Supo de la tolerancia entre las religiones católica y protestante dentro de Alemania, apreció puntos de contacto entre su raza y la teutona y allí, en Heidelberg, nació la amistad, por correspondencia, con el Profesor Blumentritt, el mejor amigo de toda su vida.

Sus tertulias y paseos con un pastor protestante y un sacerdote católico, en los que se discutían temas religiosos ¿influenciaron las ideas protestantes que apreciaron luego los Jesuitas en su “Noli” y que él negó? Por lo menos po-

demos afirmar que encontró admirables la mutua comprensión y tolerancia que mostraban en sus conversaciones los representantes de ambas religiones, adelantándose Rizal a su tiempo al considerar dicha actitud, cristiana, postura que Roma está imponiendo ahora a través del último Concilio. Se adelantó en esto y en otras condenaciones de tipo externo religioso, expuestas en su "Noli", sobre temas que se han venido tratando en dicho Concilio. ¡Lástima que Rizal, de un fondo religioso tan serio, los manipulase humorísticamente y no con la sagrada postura que requerían!

En Heidelberg brotó su nostalgia por la patria, que se hizo deseo de volver a ella. La Primavera inspiró su poema "A las Flores de Heidelberg" que, como siempre, rezumaba saudades de su país. Otra vez su tierra en su literatura. Pero antes del regreso tenía que publicar su "Noli" ya terminado. En Berlín, tras muchas vicisitudes lo hizo por su cuenta, aunque con dinero prestado, y ya se habían enviado copias a España y a Filipinas cuando partió rumbo a Manila. Ni en Europa ni en Filipinas aprobaban su regreso. Pero Rizal decía que cansado de vagar varios años por Europa, tenía ansias de volver a ver su tierra natal. También consideraba difícil el resolver su problema económico para continuar lejos de su hogar. Me inclino a pensar que lo que Rizal deseaba era ver de cerca la reacción de sus compatriotas frente al "Noli," en la creencia, quizá, de que todo iba a ser admiración y entusiasmo por su obra, en un momento, además, en que Filipinas estaba regido por un gobernador débil, inclinado a lo liberal y con auxiliares masones y anticlericales, que suavizaban el riesgo de un castigo.

En vez de lo que esperaba, Rizal encontró consternación en su pueblo, alejamiento, evitación de contacto con el escritor, deseo de verle marchar otra vez, para no comprometerles. No encontró a sus amigos; otros le rehuían. En el sector religioso sufrió la condenación de su obra, con rara excepción. Oficialmente no hubo censura, pero ante tan cobarde frialdad, y asqueado del ambiente, abandonó Filipinas por segunda vez. Ni siquiera buscó a Leonor, su amada, impulsado por un gesto de dignidad cara a la disconformidad de la familia de ella con sus relaciones. Tampoco ella le buscó, por el mismo motivo de obediencia familiar.

Saltó a Hong-kong mostrando indiferencia con sus compatriotas exilados, estuvo un mes en el Japón sin más compañía (y esto es paradójico) que la de españoles, algunos con cargos oficiales. Pasó por Estados Unidos,—nación que no le gustó—y recaló finalmente en Inglaterra. Allí hizo amistad con un gran malayólogo el Dr. Rost, y se preparaba a comenzar la continuación de su “Noli” con otra novela “El Filibusterismo,” cuando en las Bibliotecas de Londres tropezó con libros, manuscritos y documentos relacionados con Filipinas. Mucha de la propaganda de la Leyenda Negra sobre España, amasada por el Protestantismo y la rivalidad imperialista de Inglaterra con España, debió de pasar por sus manos. Pero esta campaña tremendista era, precisamente, lo que mejor le convenía a Rizal en esos momentos en que su amargura frente a la persecución que sufría por su libro y la que estaba soportando su familia de parte de los Dominicanos de Calamba, exigía un desahogo. Leyó “Los Su-

cesos de Filipinas” de Antonio de Morga y le alucinó de tal forma el relato de este historiador seglar español, que se dispuso a re-editar el libro con anotaciones propias. Después de haber hecho todos los esfuerzos para persuadir a Blumentritt — sin conseguirlo— a que escribiese una historia de Filipinas imparcial y prestigiada con su autorizada personalidad, le vemos otra vez haciendo política con literatura. Sus anotaciones a la segunda edición de Morga tenían la misión de demostrar el estado de civilización en que se hallaba el pueblo filipino antes de la llegada de los españoles y constatar que la situación actual de la misma era equiparable con aquélla. Muchos, y entre ellos Blumentritt mismo que escribió el prólogo, encontraron exageraciones y deducciones falsas en sus anotaciones. Blumentritt le advierte que ha caído en el error de muchos historiadores modernos al enfocar los acontecimientos de pasadas edades, con la luz del pensamiento contemporáneo: que no estaba de acuerdo con sus sentimientos sobre el catolicismo, al culpar a éste de sucesos lamentables para España, la raza europea y la propia religión, cuando en realidad la culpa era de abusos de muchos sacerdotes. Rizal quería probar ante el mundo que Filipinas tenía una cultura propia antes de la llegada de los españoles, que los filipinos fueron diezmados, explotados, desmoralizados y arruinados por la colonización española y que el estado presente de Filipinas no era, en ningún caso, superior al del pasado, al decir de su biógrafo León Ma. Guerrero.

Rizal se olvidó de preguntarse, después de declarar que tenía Filipinas una cultura propia, ¿qué clase de cultura era ésa? Naturalmente la de aquellos tiempos, en

aquella parte del mundo, que no se aproximaba en nada a la refinada cultura occidental que dejó España. Y nosotros le preguntamos a él si la población de Filipinas descendió tanto, por haber sido diezmada, como para que ahora tenga aquélla 30 millones de habitantes, en contraposición a la escasa muestra de Pielas Rojas que quedan en América del Norte, por ejemplo. También preguntamos frente a sus otros asertos, ¿cuántos Rizales, del Pilar, Lunas, de los Reyes, botánicos, médicos, juristas, historiadores, etc., etc., había en Filipinas cuando llegaron allí los españoles, y si estos hombres logrados, maduros, conscientes, cultos, etc., no salieron de los tres siglos de explotación, desmoralización y ruina de la dominación española?

No, Blumentritt tenía razón al no querer escribir la historia de Filipinas para Rizal, porque hubiera tenido que enfrentarse con su ceguera. ¡Una ceguera nacida de su exasperación! De entre todas las críticas que Rizal recibió por su primera novela, la que más escozor le dejó fue aquella que le llamó “ingrato”. Porque la ingratitud no es de caballeros y él se tenía por uno muy cabal. Entonces, la mejor manera de anular el insulto, era demostrar que nadie podía ser ingrato cuando no había nada que agradecer y esto es lo que intentó probar. Pero él mismo, sospechando la fragilidad de sus argumentos, crea una segunda defensa, esta vez más sólida, al declarar que si había de agradecerse algo a España a costa de las libertades cívicas y morales, tendría que renunciar a la altísima virtud del agradecimiento, porque sería un precio contra su dignidad humana.

Espoleado por el ataque, la desilusión, el desengaño, Rizal se desequilibra y pierde su ecuanimidad. Busca y rebusca argumentos en las Bibliotecas inglesas y declara que no lo dejaría hasta que no lo hubiese leído todo. Pero ¿qué totalidad pudo haber leído en cuatro meses? Su bagaje de investigación tenía que ser pobre y él lo comprendió. Sin embargo, tenía que responder antes de que pasase el tiempo para las respuestas. Y refuta todo lo que Morga aun sin ánimo de ofender expone, hasta las cosas más nimias relatadas como simples hábitos y costumbres de los naturales de Filipinas. ¿Qué complejo le llevó a ocuparse de explicar lo que era el “bagoong” para demostrar que los filipinos no tenían un gusto por pescado y carne comenzados a descomponerse? Como si esto hubiera sido una demostración de un estado incivil. ¿Es que no supo decir que a los españoles les agradaba más la perdiz cuando iniciada su descomposición se desprendía de las plumas de su cola, de la cual la cuelgan, para saber el punto de su mejor gusto para guisarla? ¿Es que no sabía que los franceses comen el queso de Roquefort con los gusanitos que cría? Su sensibilidad se hizo agresiva y su agresividad patológica. Solo así se comprende que escribiese a Blumentritt que no sabía si hubiera sido mejor o peor el que Filipinas hubiese sido absorbida por el Islam, porque probablemente éste se hubiese vengado sobre su enemigo real, pero no sobre sus familiares. Aquí surge su caso particular y personal. Ya no es la Patria lo que defiende únicamente, es su persona y su nombre. Sabía que a su Patria no le convenía ser dominada por el Islam, pero si éste no habría de ensañarse con sus familiares, lo hubiera prefe-

rido. No, no, éste no es Rizal, es un enfermo de remordimiento. Comprendió que sus escritos habían influenciado en sus familiares y otros terratenientes de Calamba para animarles a enfrentarse con los Dominicos, y sabía que los Dominicos y las Ordenes religiosas en Filipinas se encargarían con la osadía (y tenían que vencerla) de un filipino que les agraviase públicamente desafiándoles, y que todo brote de reto, habían de aplastarlo drásticamente. ¿Y qué medidas más drásticas que despojarles de sus medios de vida y alejarles del foco contaminable exilándoles de él? Y se sintió responsable de tanta desgracia.

El, Rizal, tenía valor para soportar las persecuciones que le causase su declaración de fe, pero su sensibilidad patológica le desconectaba de su vocación redentora, de su gallardía y de su gloria cuando se trataba del sufrimiento de sus seres queridos. Por eso esta fase de los escritos de Rizal, acosada por persecuciones propias y familiares, ensombrecida con la ruina de su familia, acorralada por ataques a su persona y a su obra, abrumada por preocupaciones de defensa propia y de sus ideales, angustiada por el posible ridículo o desprestigio, ante enemigos y amigos, en que podía caer, y sentimentalmente humillada por el abandono de Leonor Rivera para casarse con otro, marcó la época de su exasperación literaria; época con colores, (paradójicamente) de la bandera de España, roja de encono y amarilla de bilis. Le faltaba objetividad, le faltaba pureza ahora, frutos de una enfermedad del espíritu. Le sobraba audacia, le rebosaba agresividad. Además facilitaba su labor el hecho de contar con una revista del Centro de la Propaganda Masónica de Manila que se publicaba en

España bajo el título de “La Solidaridad”, dirigida por Marcelo del Pilar. Así contestó extensamente a los ataques de un fraile Agustino contra su primera novela, con un trabajo titulado “La Visión de Fr. Rodríguez” y la emprendía contra todo aquél que dijese o escribiese la menor cosa que él, con su exagerada susceptibilidad, consideraba ofensivo para Filipinas, para los filipinos y para su ideal. Lo más importante de su prosa de esta época es su “Carta a las Mujeres de Malolos”, su artículo sobre la “Indolencia de los filipinos” y su estudio profético “Filipinas dentro de Cien Años.” Mientras éste es un ensayo serio nacido de deducciones lógicas, el primero es tremendamente demagógico. Incita a las mujeres de Filipinas a no someterse a voluntades ajenas, a liberarse de todas las sumisiones, especialmente las de tono religioso, olvidándose de que él mismo, por sometimiento a la voluntad de su padre, se abstuvo de ver a la mujer que amaba en su primer regreso a Filipinas y posiblemente la perdió por eso. Sobre el ensayo “Filipinas dentro de Cien Años”, tan encomiado después, por suponer que todas las profecías fueron cumplidas con excepción de la intervención de los Estados Unidos en el país, se nos ocurre pensar, que los Estados Unidos actuaron tan rápidamente para incorporárselo, porque no estarían tan seguros como Rizal, de que las otras Naciones, aun con sobrados intereses ya en el Oriente, no se hubiesen echado encima para apropiárselo. Nadie sabe lo que hubiese sucedido si América no se hace cargo del territorio filipino una vez vencida España. Lo que fue una felonía fue el prometer una libertad, al país, que luego no se iba a conceder hasta muchos años después. ¿Y qué se puede

decir de la invasión del Japón en la segunda guerra mundial con la firme intención de quedarse para siempre? En las deducciones políticas la lógica tiene un valor muy relativo y muy oscilante, porque la fuerza no entiende más que de jugar con ventaja, para ganancia propia.

Respecto a la “Indolencia de los filipinos,” el ensayo contiene como causas de ella motivos de clima y de necesidad muy convincentes, y otras, inculcando a España de la misma. Unas son ciertas, otras falsas y las más exageradas. Pero esto era parte también del programa de hacer a España responsable de los males de Filipinas, con una tenacidad y un ensañamiento, que ni su mejor y gran amigo Blumentritt consiguió desarraigar de su natural buen sentido. Por esta falta de ecuanimidad suya, Blumentritt se negó, probablemente, a escribir para él la Historia de Filipinas y estaba reacio a aceptar el cargo de presidente en una Asociación que proyectaba, siendo el mismo Rizal el que, al darle las gracias, cuando al fin accedió, le aseguró que “no le iban a comprometer para nada.”

El caso es que Rizal, fracasado en su intento de formar, con elementos intelectuales europeos y filipinos dicha Asociación Internacional de Filipinólogos, regresó a Madrid para asuntos relacionados con el pleito de Calamba y allí recibió en su cáliz de amargura el acíbar del menosprecio de sus colaboradores político-patrióticos al discutírsele la jefatura de los expatriados en varias votaciones que se hicieron. Cuando al fin se la dieron, considerando, tanto la marcha de las votaciones como los incidentes e intrigas que las precedieron y las desarrollaron, como ofensivos

a su persona, abandonó Madrid y sintiéndose libre de la obligación de seguir colaborando con los que le humillaron, se puso a escribir la segunda parte del “Noli”, “El Filibusterismo”. Esta novela fue el broche de una campaña violenta de escritos contra la obra de España en Filipinas, campaña que exponía muchas grandes verdades, pero también muchas injusticias. Una campaña que enjuiciaba la obra de España, no desde el ángulo y la bruma de los siglos anteriores, sino encarándose con ella a la luz de un presente progresivo. La relatividad no contaba para Rizal, y quería que la España que nos hizo cristianos a los filipinos con la cruz y la espada, lo hubiese hecho con la santidad misional desarmada y amedrentada de las misiones de hoy. No quiso reconocer que las otras naciones que colonizaron al mismo tiempo que España usaron solo la espada, no para cristianizar, sino para obtener ventajas materiales de sus colonizados: reconocer que eran los tiempos y las épocas los que marcaban las leyes y las maneras, y que solo España supo suavizar lo brutal y lo material para dar una razón espiritual a la colonización, con la cristianización. Todo el plan de adquisición de ventajas políticas, por el camino de las concesiones por parte de la Metrópoli, del progreso escalonado, del desarrollo de una cultura que se exponía con amplios razonamientos en el “Noli”, quedó borrado radicalmente. Solo unos pocos que aprendieron de Ibarra las teorías pacíficas emancipadoras se enfrentaban ahora con Simoun. “El Filibusterismo” ya no pide ni espera nada de España: todo le ha de venir a Filipinas del levantamiento del pueblo, pero aquí también, y a pesar de los tremendos preludios del autor, al llegar el punto

decisivo, Rizal hace surgir al hombre moral—esta vez un sacerdote—que dice la última palabra. Y esta última palabra no es la revolución, sino la preparación moral y cultural para una independencia dentro de la cual “los esclavos de hoy no fuesen los tiranos del mañana.” Y esta frase y este pensamiento sí que encerraban una visión profética de Rizal. Por eso ante ella, su sentido de responsabilidad se clarificaba y se agigantaba frenándole siempre al borde de la hecatombe, olvidándola luego para volver a emprender la marcha por un camino que se había impuesto y que no podía abandonar al haberse comprometido a peregrinarlo hasta el cumplimiento de sus votos patrióticos. ¿Pero qué solución había de dar a su conflicto político, frente a su conciencia? Tuvo la suerte de que le cortasen las rutas antes de llegar al despeñadero de elegir entre una revolución cruenta o su desprestigio. Rizal tuvo solo dos liberaciones, su deportación a Dapitan y su muerte, una temporal prelujiando la definitiva.

Hemos visto cómo toda esta literatura desbocada y desbridada de Rizal después de su “Noli”, fue fraguándose y avanzando impulsada por circunstancias que hemos ido exponiendo. En ella no hubo más motivación que la política y la familiar, con sus salsas sentimentales, de honda ternura, sus reacciones agrias caballerescas, sus impulsos frente al amor, su dignidad teñida de soberbia, a veces, dando la cara a todos los retos de todos los impugnadores. Pero una vez más fructificó en una aportación densa para la literatura hispanofilipina. Su calidad fue mejorando, la frase se hacía suelta, la oración ágil, la palabra exacta, la didáctica poderosa. Lo mejor de ella fue

su fuerza polémica. Rizal era sobre todo un gran polemista que afilaba sus réplicas con todas las puntas, sacadas de los razonamientos más rebuscados en lo recóndito de las posibilidades.

Porque no dejaba nada sin expresar, Rizal extraía sabores agrios, amargos y acres en su afán de estrujar todas las pulpas y todas las cortezas sin considerar que podían resultar venenosos los zumos. Sin embargo, venenosos o no, su arte polémico era de lo más pujante. Con este instrumental comenzó y acabó su novela "El Filibusterismo" que resultó mejor escrita, más perfecta gramaticalmente, con más fuerza demagógica. Pero menos jugosa y espontánea, menos sencilla, menos del corazón y más del cerebro.

Quiero afirmar, una vez más, que la labor tan densa de Rizal en esta etapa de su vida, fue la más marcadamente alejada de la intención literaria, pero la que tuvo un mayor contenido de las bellas letras: fue la gimnasia de su pluma, la experiencia, la madurez que le dio oficio de escritor y le llevó a la culminación de su talento como tal, en las dos importantes poesías últimas que se le conocen haber escrito "Mi Retiro" y el "Ultimo Adiós".

Después de recordar que su segunda novela fue publicada con mayores trabajos y esfuerzos económicos que la primera: que hubo de ser recortada en muchas páginas para acomodarla al presupuesto del que disponía para la imprenta, saltémonos por alto la crítica adversa o propicia que tuvo, para situar a Rizal ya en la última etapa de su vida. Una etapa azarosa y vacilante en la que se

veía perdido y alternaba su desilusión con brotes de actividad y de esfuerzo, con resoluciones y remedios que iban fracasando. El proyecto de una colonia de filipinos en Borneo, los Estatutos de una Liga disfrazada de fines pacíficos, industriales, comerciales y culturales pero con un fondo revolucionario, su regreso a Filipinas con permiso de un gobernador que le perdonó y luego le deportó a Dapitan, todo esto iba granando su drama. Situémosle allí porque allí en Dapitan, maniatados su cuerpo y su aliento, es indudable que se sintió liberado, ya que la imposibilidad de actuar le desligaba de las obligaciones y responsabilidades que de otra forma no hubiera podido soslayar. Y liberado de la asfixiante pesadilla, se remansó su espíritu y se encontró a sí mismo. Se encontró con un hombre políticamente fracasado pero intelectualmente preparado como ninguno para la ciencia, la investigación y el estudio de todas las ramas del Saber. Por su Patria solo podía laborar allí en el cultivo de su tierra, instruyendo a los labradores humildes, enseñándoles los recursos humanos agrícolas, el riego y la traída de aguas, los fertilizantes, la selección de semillas. Cultivando, también, el alma de los niños filipinos que podían ser los redentores de la patria en un mañana, sin rencores dentro del alma. La tierra y la escuela; esta fue su misión cotidiana en el destierro, siempre al servicio de sus compatriotas. Allí se dio cuenta de todo el europeísmo que había en él, añorando de Europa aquel clima frío (sufría ya mucho del calor), aquellas universidades, aquellos libros científico-literarios, aquellas tertulias y aquellas conversaciones con sabios, con cerebros privilegiados, todo lo que en su inquietud abandonó sin saber cuánto

llenaban su alma. No sabía vivir sin la ciencia, sin el estudio, sin el contacto con los que lo cultivaban en planos superiores. Y esa plataforma la ansió tanto, que su gran consuelo era mantener correspondencia con aquellos amigos que fueron sus maestros, intercambiando con ellos piezas de la fauna natural de Filipinas para sus colecciones, con libros y revistas científicas. Rizal en Dapitan fue el mismo hombre laborioso de siempre y trabajó en la preparación de una gramática tagala y de un diccionario plurilingüe sobre la base del tagalo.

¡Qué serena madurez de espíritu, canalizando toda su sensibilidad artística, científica y moral! Solo una cosa le turbaba y le obligaba a la tensión de mantenerse alerta frente a posibles peligros; las visitas que iba recibiendo con ofertas insidiosas, unas veces hipócritas y malintencionadas, otras sinceras pero peligrosas.

El amor también le visitó en forma de una mujer europea. Su madre y otros familiares le fueron acompañando. Pero su alma inquieta, esta vez también se fue cansando de la paz, de la quietud y de la tranquilidad. Al cabo del tiempo no era ya feliz. A pesar de ello no aceptó un plan de huída que le prepararon los amigos, porque no se sentía culpable de nada y no quería ser un fugitivo.

La revolución que organizaba Andrés Bonifacio empezaba a inquietarle, tanto por la sangre que iba a derramarse como porque, aun contra su voluntad, esa revolución iba a hacerse en su nombre. Así lo decidió muy cauta-

mente Bonifacio que hasta pensó en llevárselo por la fuerza y hacerle un jefe, cautivo, del levantamiento. La salud de Rizal decaía y vivía en constante tensión nerviosa.

Al fin aceptó otra forma de sacarle del exilio: solicitar servir como médico en el ejército español en Cuba. Hizo la instancia dos veces, tardaron seis meses en concedérselo y otra vez resentido, perdió interés en realizar el servicio solicitado. Pero ante la inminencia del levantamiento revolucionario tenía que irse para que no sospechase el Gobierno español que estaba conectado con el movimiento y quería quedarse para dirigirlo. Y se fue. Se fue cuando ya había empezado la revolución y él la había desautorizado.

Al principio se le trató bien en el viaje. Luego vinieron malas noticias: en Manila se le culpaba de ella. Aun en el mismo barco se le calumniaba. Pero él era un caballero que había dado una palabra. Cuando en Singapur no regresó al barco otro compatriota comprometido, muchos de sus conciudadanos le aconsejaron que hiciese lo mismo. El ni siquiera bajó a tierra temiendo que le raptasen, y le obligasen a no volver. Sin embargo sabía que estaba en grave peligro porque en Manila barajaban su nombre unos y otros, unos para acusarle, otros para enarbolar su prestigio, pero todos para perderle. Una vez más, Rizal no quiso ser un fugitivo sin derecho a declararse inocente, ni a volver a su patria.

Siguió el viaje, le encarcelaron en Barcelona y le devolvieron a Manila bajo todas las acusaciones. Él sabía lo que le iba a suceder al poner pie en tierra. Y fue en

ese viaje de regreso cuando escribió su última poesía, el “Último Adiós”. Creo que esto no lo ha insinuado nadie. Lo hago yo ahora, porque es la razón más verosímil que se puede dar para explicar que un original, sin tachadura ni corrección alguna, pudiese haberse compuesto en último instante. Otros versos de Rizal, con rara excepción, están poco cuidados, apenas reposados ni vueltos a leer y corregir. Lo digo porque tienen defectos de métrica forzada por abusos de licencias y dislocación de acento y otros lunares muy fáciles de enmendar. ¿Por qué no lo hacía? Porque los escribía a vuela pluma, como un desahogo de su alma y una vez aliviado, los olvidaba. Si hubiera tenido interés en hacerlo los hubiese releído y enmendado fácilmente porque sabía y podía realizarlo.

Pero el “Último Adiós” está casi perfecto en rima, en ritmo, en medida, en gradación y en matices. Sabía que iba a ser leído por todos después de su muerte, que se iba a immortalizar, y lo quería así. Por eso lo perfeccionó. Y por eso no pudo haberlo escrito a última hora en su celda de muerte. Esta vez puso toda su alma en hacerlo literario, en darle una intención de literatura.

De Veyra y otros reconocen que por más genial que pueda ser, y tocado con la gracia de la poesía que pueda estar, un hombre, es imposible que consiga intachados originales. En el caso de Rizal la imposibilidad era aún más obvia porque se hallaba acosado por las visitas de personajes importantes y graves, de los cuales dependía la salvación de su vida, y en última instancia, la de su alma. En ese trance, y a pesar de su firmeza de carácter, este hom-

bre tuvo que alzarse con la duda ante sus propias convicciones e inquietarse por el destino definitivo de su alma en la eternidad. Era inevitable en él un estado de turbación que le impidiese escribir tranquilamente ese “Adiós a la Vida”: un poema tan sereno, tan meditado, tan equilibrado. Es improbable la explicación que da el mismo De Veyra al suponer que debía ser recopilación de fragmentos guardados en la memoria, puestos en limpio, bien en su celda de muerte o en un tiempo anterior, y escondido luego el escrito en su infiernillo de alcohol, para ser entregado éste secretamente, en un momento propicio, a persona de su confianza. (Al legar el infiernillo a su hermana Trinidad, le indicó en inglés la existencia del manuscrito). Pero si el poeta, en estos fragmentos escritos anteriormente, habla ya de morir, cuando aún no sabía que le iban a ejecutar, el argumento de De Veyra se viene abajo, dice Guerrero. Sin admitir la teoría de los fragmentos retenidos en la memoria y transcritos después, rechazo la observación de Guerrero, considerando que ante la especial idiosincrasia de Rizal, no resulta improbable que hablase de su muerte cuando aún no la tuviese segura. Rizal siempre pensó en ella; era un poco supersticioso y lleno de presentimientos, interpretaba sueños en el sentido de que le acechaba la desgracia y la fatalidad, confesaba a sus íntimos que presentía su muerte antes de los 29 años y escribió muy joven aún:

“Yo crucé los vastos mares
pensando cambiar de suerte
y mi locura no advierte

que en vez del bien que buscaba,
el mar conmigo surcaba
el espectro de la muerte.”

Si esto lo escribía sin base alguna y sin más motivación que su pesimismo, ¿cómo no iba a sentir segura su ejecución cuando, por encima de promesas y cartas oficiales de recomendación, se hacía caso omiso de sus autores y se le arrestaba para devolverle a los tribunales que habían de juzgarle? ¿Cómo no había de pensar en la gravedad de una medida que desligaba a esas altas autoridades que garantizaron su inocencia, de la caballeridad de su palabra y de su obligación de defenderle? Desde luego, Rizal tuvo que pensar que aquello era el final, porque aunque no existiese una base de hechos materiales para acusarle, allí estaban sus escritos claros, propicios a ser interpretados como pólvora inicial de todas las detonaciones revolucionarias, audibles ya.

En aquella época romántica todo había de ser enfático y teatral, y Rizal gran romántico hasta el final, tenía que dejar testimonio dramático de sus sentimientos como un resumen rubricado de su vida atormentada, ofrecida y entregada en holocausto ante el ara de todos sus amores. Y sobre todo de su supremo amor que era su Patria. Que el mundo supiese, que por encima de sus posibles errores le redimía su corazón, su sana intención, su martirio, por lo que más amaba. Y aprovechó el poco tiempo de serenidad que le quedaba para trazar su testimonio espiritual, en verso, bajo la música del mar y sobre la distancia que se iba encogiendo, arrimándole a su calvario.

Su poema no puede ser una recopilación de fragmentos porque está perfectamente fraguado en una pieza entera, retóricamente vinculadas sus estrofas unas con otras, armoniosamente graduada la emoción hacia la melancólica culminación del final. No se echa de menos ningún eslabón; queda en todas sus líneas subrayada la idea temática del autor, transparentadas las características de su ternura, todo ello escalonado en peldaños iguales, sin dislocaciones que pudieran traicionar fragmentaciones de clase alguna. El “Ultimo Adiós” está escrito meditadamente, dejado sedimentar, releído una y otra vez y perfeccionado: está escrito con tiempo y sin apremios. Es la obra más perfecta de Rizal. Lo mejor de su literatura por su belleza, por su objetividad y porque el hombre supo olvidar rencores y hacerse ángel para escribirlo. Es el broche de oro de su sinceridad, de su bondad y de su talento literario. Y el legado de su ideario ético-patriótico.

Para cerrar este trabajo voy a transcribir unos párrafos de crítica literaria, sacados de una conferencia que dí en el Círculo Filipino de Madrid sobre “La Obra de Rizal”.

Abarcando su obra en general citaré esto:

“La compleja sencillez de la obra de Rizal requeriría muchos folios para ser estudiada en su totalidad. Así, a grandes rasgos, se podría decir que nuestro gran patriota escribió dos libros (dos novelas), un número apreciable de artículos periodísticos, no muchas poesías, algunos en-

sayos y numerosas notas a la obra del Dr. Morga “Los sucesos de las Islas Filipinas”; notas en las que empleó meses de estudio e investigación. Al parecer muy sencillo y muy fácil. Pero ¿y toda la impetuosa atorbellinada corriente subterránea que sacó a flote esta obra, que le inspiró y que le prestó tantos acentos, posturas, actitudes y maniobras para alcanzar un fin? ¡Qué mundo de escondidas intenciones en la aparente ingenuidad de los diálogos de su “Noli me Tangere! ¡Qué escorzos en la dialéctica de sus discursos! Y, en contraste, ¡qué francas y abiertas declaraciones en boca de sus personajes! ¡Qué desmesuradas críticas, qué acerbas acusaciones, qué tremendismo en el trazado de los cuadros trágicos! Y, con más contraste aún, ¡qué conceptismo frío, meditado y a veces cruel, y qué humorismo mordaz en sus dos novelas! La corriente subterránea que daba apariencias a las aguas de la superficie tenía que ir encontrando estrecheces en su cauce, profundidades insospechadas, remansos dilatadores, hocinos desviadores o rocas frenadoras para que a la luz del día, sobre la pradera, o encajonadas en sus riberas, las aguas discurriesen ahora saltarinas y espumosas, ahora avasalladoras e impetuosas, ahora remansadas y tranquilas, y otras veces enturbiadas y ciegas.”

Sobre su poesía transcribiré:

“No voy a hablar, ni a analizar, ni a hacer una crítica de la obra poética de Rizal, en cuanto a su forma o a su calidad. El escribió como se escribía a fines del siglo diecinueve, de una manera clásico-romántica, con sus figuras retóricas de la época y sus énfasis teatrales; expresión recta y abierta, sin rebuscamientos cerebrales ni conceptis-

mos laberínticos. Poesía para despertar y sacudir modorras, más que para sumir el alma en nirvanas de lo abstracto y lo subconsciente; poesía que decía lo que quería decir e intentaba ser palanca que hiciera saltar el alma del lector hasta lo más alto de la emoción.

“Así escribió, y no iré más lejos para desmenuzar lo que su potente personalidad puso, como parte original, en su manera de hacer versos. Pero sí quiero decir a aquéllos que al hacer una crítica de su poesía encontraron en ella defectos de forma y hasta de sintaxis, que Rizal no intentó hacer obra poética para dejarla a la posteridad, porque no tuvo tiempo para ello, reclamado como estaba por otros quehaceres que consideraba mucho más urgentes, y que, si como un desahogo ineludible de su ánimo escribió en verso, fue sólo para eso, para verter sus lágrimas o su alegría, (mucho más llanto que risa) en esa fórmula milagrosa de la intimidad del alma, que es la poesía. Luego no encontró la hora ni el minuto para pulir sus versos, para corregirlos, para perfeccionarlos. Si hubiera podido hacerlo nos hubiera dejado una obra acabada, porque para ello contaba con una preparación sólida y una personalidad singular. Y no olvidemos que Rizal murió muy joven, a los treinta y seis años.

“A pesar de todo, su poesía tiene una fuerza considerable en su didáctica, en su ternura, en su melancolía y en su obsesión patriótica. También la tenía en sus ráfagas de desilusionado pesimismo. Y fuerza ciclópea en la exaltación de sus ideales.

“Pero también encontramos en los versos de Rizal la paciencia, humildad, la ponderación y un gran perfecto espíritu cristiano.

“Faceta importante en la poesía de Rizal es su ternura en todo: en su nostalgia por su patria y en el pesimismo de su desilusión: A veces la cruz pesa demasiado, el calvario se hace tan largo que pierde la esperanza de la cúspide con su sol y su descanso. Y escribe su nostalgia en ‘A las flores de Heidelberg’ —

‘ ¡Íd a mi patria, extranjeras flores,
sembradas del viajero en el camino,
y bajo su azul cielo,
que guarda mis amores,
contad del peregrino
la fe que alienta por su patrio suelo!’

Y su desilusión en ‘Me Piden Versos’:

‘ ¡La dejé !... mis patrios lares,
¡árbol despojado y seco!,
ya no repiten el eco
de mis pasados cantares.
Yo crucé los vastos mares,
ansiendo cambiar de suerte,
y mi locura no advierte
que, en vez del bien que buscaba,
el mar conmigo surcaba
el espectro de la muerte.’

“Para mí ésta es la poesía más perfecta de Rizal como versificación y como contenido. Sólo su ‘Ultimo Adiós’ pudiera mejorar las décimas que nos pintan la persona-

lidad desencantada de Rizal. Hay una deliciosa musicalidad en este poema, un fluir de agua clara y un rebrinco de espuma en la melancolía de su torrentera, discurriendo por la hendidura oscura de una sima.

“Cuando vuelve por segunda vez a la Patria el gobierno de Manila le deporta a Dapitan. Allí, alejado de todo contacto social, se enfrenta con la naturaleza virgen y se funde con ella escuchando e interpretando sus voces. Su sensibilidad se afina aún más, y el recuerdo surge en toda su plenitud. Hace un minucioso recuento de su pasado, aquilata lo que él llama su fracaso y hasta lo agradece en el goce de su soledad.

“Rizal capta el matiz de cada cosa y percibe el sonido de todos los elementos, el arroyo, el mar, la brisa, el viento, el canto de los pájaros, el ladrido del perro, el rugir de la tormenta. Ya no sabemos si su cuerpo se ha hecho espíritu o si su alma guarda sólo vestigios de su materia. El hombre se torna transparente y la luz traspasa su carne para hacer visible el rosado fluir de su sangre. Y así purificado escribe ‘Mi retiro’:

Así pasan los días en mi oscuro retiro,
desterrado del mundo donde un tiempo viví;
de mi rara fortuna la Providencia admiro:
¡Guijarro abandonado, que al musgo sólo aspiro
para ocultar a todos el mundo que hay en mí!

“En esta creación Rizal ya es sólo poesía: altura de miras, ansia de aires puros, asco de lo innoble. El era así: puro y honrado y heroico: con la verdad (su verdad) por escudo, incapaz del engaño o de la traición.

“Comprende que en el aire viciado de la vida no puede ser feliz porque se asfixia al respirarlo. Y agradece a la tormenta y a los vientos del cielo el que hubiesen abatido su ‘incierto vuelo’ dejándole en una playa de su país natal.

“En la víspera de su ejecución nos lega su “Último Adiós” donde se nos da la pintura exacta de su reciedumbre, de su temple heroico, de la fortaleza de su fe, de su perfecto espíritu cristiano, de su inconmensurable patriotismo.”

En cuanto a su prosa copio lo siguiente:

“La prosa de Rizal tiene dos obras importantes: sus dos novelas: el “Noli me tangere” y “El Filibusterismo”.

“La finalidad de la primera era ante todo airear los vicios de una administración que por su lejanía de la metrópoli, y por imposibilidad de desligar de ella factores morales muy importantes, tenía atenazada el alma indígena, haciéndola cómplice de la misma, por pobreza moral en algunos individuos y por fanatismo religioso en otros.

“El más competente biógrafo de Rizal, Retana, al hacer la crítica del libro, habla de él, sólo como buen instrumento de propaganda y califica de mediocre la novela. No soy de la misma opinión.

“La obra, literariamente, tiene grandes defectos de redacción, de gramática, de sintaxis, pero como novela no puede envidiar a las de su época, porque está bien construída, con un excelente colorido en su ambientación, con sus personajes bien definidos y firmemente sostenidos los caracteres a través de la obra; la gradación, el matiz y

la expectación (suspense) están bien equilibrados y hábilmente logrados, y la terminación de cada capítulo lleva un énfasis literario muy encomiable. La obra emociona y a veces subyuga, y esto es una clara evidencia de que está artísticamente realizada. Además el diálogo es flexible y suelto y toda la novela lleva el sello grácil de lo espontáneo.

“ ‘El Filibusterismo’ tiene menos de novela que la otra. Ha perdido su ingenuidad, pero es mucho más perfecta en forma y en la corrección del idioma. Su sintaxis, su gramática y la construcción de las oraciones son casi perfectas.

“Se ha dicho de ella que no está ambientada, que el personaje central es falso, que es demasiado discursivo y friamente científico. En parte tiene razón el que así la califica, pero sólo en parte. Lo que ocurre es que al ganar en forma, en estilización, pierde en fragancia y en espontaneidad. Lo que ocurre también es que Rizal sabía ya mucho más de todo, cuando la escribió, y le venció la vanidad de no dejarse nada en el tintero. Era filósofo y usó de ese lenguaje técnico, pero frío, de la Filosofía. Así le resultó una novela erudita y algo envarada, pero que a pesar de ello conserva cierto tipismo, y es fiel en la conducta de sus caracteres.

“El protagonista carece en absoluto de ingenuidad, es cínico, es revolucionario, es anarquista, y el contraste entre el ‘Noli’ y ‘El Filibusterismo’ está en que mientras en la primera novela el que viene del extranjero, Ibarra, predica los medios progresivos y pacíficos a los que dentro del país desean actuar con balas, ahora, en ‘El Filibusterismo’, el falso extranjero predica la violencia hasta la saciedad, el vicio, la falsía para alcanzar un fin, y son los

de dentro los que le combaten con las ideas que sembró Ibarra. ¿Es que el autor quiere reconocer el triunfo del ideario propagado en su primera novela, pero convencido de su nulidad, desea que se tome otro camino?”

Quiero añadir a estas citas una aclaración sobre dos caracteres del “Noli”. Se ha dicho de Ibarra y Elías que son personajes contradictorios en cuanto a sus ideas expuestas en diferentes momentos de la novela y por eso pierde fuerza y verticalidad la trayectoria de sus actos. Y en cambio, las figuras secundarias están más firmemente trazadas sin desviaciones en su forma de actuar. Es verdad que estas figuras son más rectilíneas, pero es porque sus actuaciones breves y solo de ambientación, no requieren cambiantes en la consecución de la novela. Cosa que no sucede con los personajes, que a lo largo de toda ella, forman la espina dorsal de la acción, a través de sacudidas psicológicas que van modificando su carácter, para romper la monotonía de la obra, crear el misterio y fraguar su punto crítico. De Ibarra y de Elías he de decir que las indecisiones y cambiantes en su manera de pensar y actuar crean el carácter; un carácter, precisamente, indeciso y titubeante, que se sostiene firme mientras causas imperantes no actúan sobre su conciencia, borrando los enconos y sentimientos de venganza, frente a situaciones graves creadoras de males irremediables. Así Elías es violento cuando aún está sangrando la herida de sus agravios, e Ibarra, sin escozores aún, le reprime. Y al contrario, Elías luego aprecia el mal que la violencia puede causar

y es capaz de vencerla, porque el tiempo ha sedimentado sus odios, capacitándole para medir las consecuencias, que le impulsan a frenar al herido y exasperado Ibarra.

Elías también es un tipo romántico capaz de gestos de arrogante sacrificio, no solo por gratitud, sino por inflamada admiración hacia Ibarra.

Resumiendo, Rizal aportó a la literatura filipina en castellano, el mayor y más variado material, con muestras también de lo mejor. Lástima que sus escritos contuvieran, en su mayoría, una literatura de ataque. Pero al ser éste su signo, sabemos que es también el signo de un hombre que buscaba un fin.

Antes de cerrar este estudio quiero preguntarme, ¿por qué escribió Rizal en castellano? Se comprende que la poesía, que suele ser un lujo literario y privado, sobre todo cuando es lírica, la escribiese en la lengua de sus estudios y sus primeros vuelos. Pero, ¿y sus novelas? Si como él aseguró las creó para que fuesen leídas por sus compatriotas y despertar la conciencia cívica del pueblo de su raza, ¿por qué no las escribió en tagalo, idioma que él y los filipinos dominaban? No así el castellano que era desconocido por la mayoría de sus conciudadanos. El podía escribir también en inglés, en francés y en alemán. ¿Por qué no lo hizo si siempre tuvo interés en que los pueblos europeos conociesen los males de su patria? Alguien le aseguró que sus novelas tendrían un gran éxito en Francia y que le podrían proporcionar un medio de vida, que tanto necesitaba en Europa. Pero ni siquiera las tradujo. ¿Es que sentía un gran amor por la lengua española? ¿Es que fue lo único que consiguió salvar de su despechado amor a Es-

paña? ¿Es que, en realidad le dolió profundamente combatir a ésta, y creó en él un odio de amor? ¿Por qué en su “Ultimo Adiós” no la maldice, ni la increpa?

¿No podríamos afirmar, que en su especial psicología, Rizal era muy español? Ese prototipo del hombre de España, que es el Quijote, ¿no cuadra perfectamente con su personalidad? ¿No podríamos afirmar también que, a pesar de todo, Rizal reconocía que el idioma más afín a la forma de expresión que convenía a su pueblo era el castellano y debía formar parte de su unidad nacional?

Por lo menos una cosa es cierta, que si lo hubiese repudiado, no hubiera dejado su legado espiritual, moral y patriótico, escrito en la lengua española. Y asimismo pudiera ser cierto, que, al hacerlo así, también nos la legaba.

